

EL PAPA FRANCISCO Y EL DINERO

Carroll Rios de Rodríguez

El 17 de noviembre de 2016, en una conferencia de la Unión Internacional de Empresarios Católicos (UNIAPAC), el papa Francisco habló sobre el dinero. Vale la pena reproducir el tercer párrafo de esa conferencia:

...He dicho varias veces que «el dinero es el estiércol del diablo», repitiendo lo que decían los Santos Padres. Además, León XIII, quien inició la doctrina social de la Iglesia, advertía que la historia del siglo XIX había dividido a las «naciones en dos clases de ciudadanos, abriendo un inmenso abismo entre una y otra» (Carta enc. *Rerum novarum*, 35). Cuarenta años después, Pío XI preveía el crecimiento de un «imperialismo internacional del dinero» (Carta enc. *Quadragesimo anno*, 109). Pasados otros 40 años, Pablo VI, refiriéndose a la *Rerum novarum*, denunciaba que la concentración excesiva de los medios y de los poderes «puede conducir a una nueva forma abusiva de dictadura económica en el campo social, cultural e incluso político» (Carta ap. *Octogesima adveniens*, 44) (Francisco, 7 de noviembre de 2016).

Doce días antes, el pontífice se reunió, en el Aula Pablo VI en el Vaticano, con asistentes al Encuentro Mundial de Movimientos Populares (EMMP). Desde 2014, el papa Francisco ha tenido a bien reunir cada año a algunos movimientos populares del mundo entero. Recordó que en Bolivia en 2015, el pleno concluyó que los diversos movimientos populares tienen en común una lucha contra

“fuerzas poderosas”, injustas y excluyentes, y contra la “primacía del dinero”. Los “excluidos” sufren por “un látigo existencial” que los azota, “para arriar a todos como ganado hacia donde quiere el dinero divinizado”. El dinero, continuó diciendo el pontífice, gobierna “con el látigo del miedo, de la inequidad, de la violencia económica, social, cultural y militar que engendra más y más violencia...” (Francisco, 5 de noviembre de 2016).

El papa Francisco agregó que “hay un terrorismo de base que emana del control global del dinero sobre la tierra y atenta contra la humanidad entera (...) Toda la doctrina social de la Iglesia y el magisterio de mis antecesores se rebelan contra el ídolo-dinero que reina en lugar de servir, tiraniza y aterroriza a la humanidad” (Francisco, 5 de noviembre de 2016).

Es un tema recurrente en sus discursos y sermones. El papa Francisco también habló del dinero en una homilía en Santa Marta (Francisco, 20 de septiembre de 2013). Aquí, el sumo pontífice parte del conocido axioma de Jesús recogido por los evangelistas Lucas y Mateo: “no se puede servir a Dios y al dinero”. Hacia el final, Francisco recalcó:

‘Pero Padre, yo leo los Diez Mandamientos y ninguno habla mal del dinero. ¿Contra qué mandamiento se peca cuando uno hace algo por dinero?’. ¡Contra el primero! ¡Pecas de idolatría! Te digo por qué. Porque el dinero se convierte en un ídolo y tú le das culto. Por esto Jesús dice que no se puede servir al ídolo dinero y al Dios viviente: o el uno o el otro. Los primeros Padres de la Iglesia –hablo del siglo III, más o menos año 200, 300—, decían algo muy fuerte: ‘El dinero es el estércol del diablo’. Porque nos hace idólatras y enferma nuestra mente con el orgullo y nos hace maníacos de cuestiones ociosas y nos aleja de la fe, corrompe (Francisco, 20 de septiembre de 2013).

Los puntos 55, 56, 57 y 58 de la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, publicada el 24 de noviembre del 2013, también condenan la idolatría del dinero. “¡El dinero debe servir y no gobernar!”, exclama el pontífice (58). A su vez, la Encíclica *Laudato Sí*, publicada el 24 de mayo del 2015, termina con dos oraciones. La segunda, explica el Santo Padre, pretende ayudar a los cristianos a cuidar del planeta como lo dicta el Evangelio. A continuación, las estrofas alusivas al tema:

*Ilumina a los dueños del poder y del dinero
para que se guarden del pecado de la indiferencia,
amen el bien común, promuevan a los débiles,
y cuiden este mundo que habitamos.
(S.S. Francisco, Laudato Sí, 2015)*

Las reiteradas advertencias del papa Francisco interpelan a la inmensa mayoría de seres humanos, pues usamos dinero. Cuando Jesucristo vivió en la Tierra, usó dinero. Una búsqueda electrónica en la Biblia revela 113 menciones del dinero, de las cuales 73% son neutras o hasta positivas, y 27% son negativas. Las menciones más adversas tienen que ver con la expulsión de los mercaderes y cambistas del templo, el “dinero de sangre” que recibió Judas por traicionar a su Maestro, o prácticas deshonestas. Por lo demás, los protagonistas tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento reciben dinero como paga por servicios o bienes; compran víveres, construyen, prestan, almacenan monedas y pagan impuestos, sin que estas actividades sean condenadas¹. El Estado de la Ciudad del Vaticano acuña sus propias monedas del euro, en las cuales figuran las efigies de San Juan Pablo II y Benedicto XVI. Deben ser pocos, muy pocos, los cristianos que jamás hayan realizado una transacción comercial utilizando el dinero como medio. Lo que es más, se suele asociar la “economía del efectivo” o *cash economy* con las personas más pobres, porque ellos usualmente no están bancarizados ni integrados a la economía formal. Las personas de buena voluntad, y los católicos fieles al Vicario de Cristo, deseamos rechazar el pecado. ¿Podemos o debemos luchar por un mundo sin dinero? O, al revés, ¿podemos seguir utilizando el dinero sin pecar?

Este artículo intenta demostrar que el dinero es una institución que cumple una función social valiosa; entre otras cosas, nos permite llevar a cabo intercambios voluntarios en menor tiempo y con menor esfuerzo (Cole, 2001). Emerge espontáneamente en la historia de la humanidad. Abolir el dinero significaría revertir al trueque arcaico, con elevados costos sociales. Sin embargo, el papa Francisco lleva razón por cuanto la regulación de los mercados monetarios y bancarios puede, en ocasiones, dificultar la toma de decisiones de las personas y las familias, respecto de sus ahorros, compras e inversiones, al generar incertidumbre o reducir el poder adquisitivo de los dueños del dinero, o bien, al elevar los costos de participación en los mercados.



Endiosar al dinero

El error espiritual, grave, consiste en centrar nuestros afectos en cualquier cosa material o en un ser humano. Ello constituye idolatría por cuanto colocamos al objeto de nuestros afectos en el lugar que corresponde a Dios. El primer mandamiento nos ordena amar a Dios sobre todas las cosas, con todo nuestro corazón, toda nuestra alma y toda nuestra mente. El catecismo de la Iglesia católica lo explica así: “Adorar a Dios es reconocer, con respeto y sumisión absolutos, la nada de la criatura, que sólo existe por Dios (...) La adoración del Dios único libera al hombre del repliegue sobre sí mismo, de la esclavitud del pecado y de la idolatría del mundo” (Catecismo, 2007).

En Mateo 6: 19-22, 24 (versión Biblia de Jerusalén), leemos lo siguiente: “No os amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban. Amontonaos más bien tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón (...) Nadie puede servir a dos señores; porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero”. En otras versiones de la Biblia, en lugar de la palabra “dinero” aparece Mammón o Mamón, del arameo. Mamón ha sido traducido de diversas formas: tesoro, riqueza, confiar, beneficio, utilidad o dinero.

San Basilio el Grande es el autor original de la frase “el dinero es el estiércol del diablo”. Utilizó la metáfora en un sermón sobre las riquezas, en el año 368, comentando la experiencia del joven rico que se negó a vender todos sus bienes para seguir a Jesucristo (Mateo 19: 16-26; Marcos 10:17-22). San Basilio opina que el joven rico no logró seguir a Jesucristo porque su corazón se había endurecido. Condena la envidia y la codicia, y exhorta a sus seguidores a preparar su alma piadosamente para la muerte: “haz de la riqueza tu peculiar belleza”. Al Cielo no se llega gracias a la fortuna monetaria acumulada en vida, sino gracias al ejercicio de las virtudes y al apego a la forma de obrar de Jesucristo (San Basilio)².

Las enseñanzas de San Basilio y otros autores católicos reconocen la existencia de individuos que viven *para* el dinero y disfrutan de él. Pueden ser espléndidos, avaros, mezquinos, derrochadores, vulgares, acumuladores y más. Instrumentalizan a las personas que les rodean. Escribe Eduardo Camino que “el avaro acaba,

más o menos inconscientemente, materializándose a sí mismo, identificándose poco a poco con los bienes” (Camino, 2002, p. 121).

En resumen, aquella persona que endiosa al dinero comete otras tres faltas graves: se encierra en sí mismo, se yergue como rey absoluto de su parcela e instrumentaliza o denigra a las personas a su alrededor. Ninguna de estas actitudes placen a Dios ni al pontífice.

Agrada a Dios una vida transcurrida según las capacidades del propio bolsillo, sin excesivos endeudamientos y sin extravagancias, y también libre de las ataduras de las cosas materiales. Así, podemos enfocarnos en amar, en vivir la humildad, la solidaridad y el servicio a los demás. Es ilustrativa la explicación sobre el desprendimiento cristiano que dio san Josemaría Escrivá de Balaguer en 1972, en una conversación en el Instituto de Estudios Superiores de Empresa en Barcelona:

El hecho de manejar dinero, o de tenerlo, no quiere decir que se esté apegado a la riqueza. Te voy a poner un ejemplo. Conocí a un pobrecito que iba a un comedor de caridad, y no tenía siquiera la tarjeta que daban a los necesitados; acudía a recibir un poquito de lo que sobraba. Era un tiempo duro para el corazón de un cristiano: ver aquella gente con verdadera hambre. Para comer, todos llevaban sus cacharros. Él traía su puchero roto. Pero sacaba su cuchara de peltre, de la hondura de un bolsillo, y la miraba con satisfacción. Los otros no tenían cuchara. Se ve que pensaba: esto es mío, esto es mío. Y con su cuchara comía los garbanzos y el caldo que le daban. Después la volvía a mirar apasionadamente, como un avaro contempla las piedras preciosas. Le daba dos chupetones, y la guardaba de nuevo. ¡Era rico! Pues también he tenido cerca de mí a una persona, a la que he querido mucho, y que indudablemente está en el cielo. Era Grande de España. Aun después de muerta, no diré más que su nombre propio, y porque es muy corriente: se llamaba María. En su casa tenía muebles estupendos, un gran servicio y mucha plata..., todo lo que es normal en una casa bien puesta y de abolengo. Y aquella pobrina gastaba en su persona menos que la última de sus sirvientas. Lo daba todo; soy testigo de su generosidad (Escrivá).

Poseer dinero no nos convierte automáticamente en corruptos, desalmados o pecadores. La clave está en nuestra actitud, la rectitud de nuestra intención, y el orden de nuestros afectos. Pobres o ricos pueden ser desprendidos o avaros. Es posible hacer uso del dinero como medio, sin endiosarlo, y por ende, sin faltar al primer



mandamiento. Los cristianos debemos examinarnos regularmente y enmendar nuestra conducta si hemos destronado a Dios. Como evidencia el ejemplo dado por san Josemaría, es difícil juzgar si el prójimo vive bien la austeridad, el desprendimiento y la pobreza, pues esa disposición interior no depende de su estatus social. Las apariencias pueden ser engañosas.

¿Una sociedad sin dinero?

La alternativa al dinero es el trueque. En *Economía para Sacerdotes*, Gabriel J. Zanotti y Mario Silar afirman que el dinero es un fenómeno relativamente reciente en la historia de la humanidad. El trueque surgió alrededor del año 10,000 a. C. (el neolítico), en tanto las primeras transacciones utilizando metales preciosos se producen alrededor del año 3,000 a. C. (Zanotti y Silar, 2016, p. 185).

La vida sin dinero fue solitaria, pobre, malévola, bruta y corta, para parafrasear el *Leviatán* de Tomás Hobbes, pese a nuestra propensión por evocarla como romántica, tranquila o bucólica. Idealizamos una existencia primitiva autárquica, nómada o agraria. Una persona o una familia solitaria no necesitaría dinero. Sin embargo, basta con ver la película *Náufrago* (Zemeckis, 2000), para curarnos de la noción de que la autarquía aportaría mayor bienestar material y espiritual a las personas. Hablar con una pelota (Wilson) preserva la salud mental del náufrago, quien reconoce sus necesidades sociales: “¡Prefiero correr el riesgo de salir al océano, que quedarme aquí y morir en esta isla pasando el resto de mi vida conversando con una pelota de voleibol!” (Zemeckis, 2000). Somos seres sociales por diseño divino; nos ayudamos unos a otros a través de transacciones comerciales, entre otras cosas.

Las tribus que hoy viven aisladas del resto de la civilización y que no utilizan dinero tienen niveles de vida bajos, índices de mortandad materno-infantil altos, y con frecuencia padecen hambre³. Por ejemplo, el rey de la tribu Tiwa, oriunda de los estados de Assam y Megalaya, en el noreste de la India, invita a las aldeas aledañas, desde hace cinco siglos, a participar en el mercado llamado Jonbeel Mela, para intercambiar cúrcuma, harina de arroz, canela y otros bienes similares. Mientras los intercambios son a base de trueque, las autoridades invierten aproximadamente USD 30,000.00 en montar el festival; irónicamente, requiere de grandes sumas de dinero auspiciar el tradicional trueque (Parashar, 2017).

Llevar a cabo un trueque es más costoso que intercambiar bienes por monedas. Pongamos por caso que Juan ofrece su vaca a Pedro a cambio de dos cerdos. ¿Qué puede hacer Juan si Pedro no desea adquirir su vaca, o no tiene dos cerdos, o no asigna el mismo valor a cada bien, o lo engaña entregándole un animal enfermo? ¿En qué costos incurre Juan, en tiempo y esfuerzo, andando largos kilómetros con su vaca, en busca de alguien dispuesto a efectuar el intercambio? Explica el sacerdote escolástico Luis de Molina, S.J. (1535-1600), en su *Tratado sobre el dinero* (1597), que el trueque es esencialmente similar al intercambio utilizando la moneda: en el primero se utilizan bienes que no se consideran 'precio', mientras que en el intercambio se habla de un precio, pero en ambos casos acontece un pacto entre dos o más personas que voluntariamente acuerdan transferir su propiedad al otro (de Azpilcueta, M., de Molina, L., & de Mariana, J., 2007).

El origen del dinero

El papa Francisco quizás habla alegóricamente cuando acusa al dinero de arrear ganado, y de gobernar y manipular a la humanidad. No es razonable suponer que él caiga en la falacia antropomórfica de conferir atributos propios de los seres humanos al dinero. El dinero es inerte: como tal, no tiene inteligencia ni voluntad y no actúa. Únicamente puede gobernar a las personas si estas se dejan gobernar por él, es decir, si eligen entre opción A y opción B movidos por un enfermizo afán de poseer dinero.

Quizás su santidad subraya el poco control que tienen los individuos sobre el dinero. Como se señaló arriba, por generaciones, las personas que pueblan la Tierra han nacido dentro de sociedades monetizadas, sin haber emitido opinión al respecto. ¿Inventaron el dinero los gobernantes poderosos o los capitalistas? ¿Nos lo impusieron a la fuerza? ¿Es una creación artificial e innecesaria, contraria a la naturaleza humana?

No, no y no, responde a las tres preguntas el sacerdote católico, filósofo y científico que fungió como rector de la Universidad de París, Jean Buridan (1300-1358). Según Thomas Woods, "en lugar de ver el dinero como un producto artificial emanado de la intervención estatal, Buridan demostró cómo el dinero emergió libre y espontáneamente en el mercado, primero como una materia prima útil y luego como un medio de intercambio" (Woods, 2005, p. 154) Buridan describe los atributos propios de una moneda práctica

y útil: es divisible, portátil y durable⁴. Unidades pequeñas de la moneda tienen un valor intrínseco tal que facilitan las transacciones. Concluye Buridan que la moneda surge espontáneamente porque simplifica la vida de las personas.

El discernimiento de Buridan es corroborado por el hecho de que distintas monedas surgen en sociedades inconexas: la civilización maya utilizó el cacao, los caribeños usaron el azúcar, los egipcios, el cobre y otras civilizaciones usaron conchas, granos, cereales, clavos y tabaco (Krause, 2003, p. 110). Ya en el siglo XX, el economista austríaco Carl Menger (1840-1921) escribió que “el dinero no es una convención social que haya sido ‘inventada’ en algún momento en el pasado remoto, sino que es el resultado de una lenta evolución que surge espontáneamente del mismo proceso y del trueque directo” (en Cole, 2001). Szabo (2002) confirma que los indígenas de América tenían monedas, o “coleccionables”, como él llama al protodinero, incluye colmillos, ostras y otras conchas y pieles, antes de la conquista europea. En diversas culturas primitivas vemos collares de conchas, dientes u otras piezas de igual tamaño, que servían para intercambiar. Szabo dice que tres fueron las razones por la cual los coleccionables o el protodinero superaron el uso del trueque: 1) eran menos vulnerables al robo o pérdida accidental, 2) era difícil engañar a otros sobre su valor, y 3) el valor era más fácil de aproximar simplemente por observación o medida.

Martín de Azpilcueta (1493-1586), otro eminente teólogo escolástico, contribuyó notablemente a nuestra comprensión de la moneda. En su *Comentario sobre la resolución del dinero*, escrito en 1556, Azpilcueta afirma que el dinero es una *necesidad*. Opina que posee ocho propósitos: es 1) un medio de pago, 2) una medida pública y aceptada, 3) un facilitador de intercambio de bienes y también de monedas, 4) una señal de prosperidad personal, 5) un bien decorativo, 6) fuente de alegría, 7) una medicina (en su tiempo tomaban polvo de oro para curar alguna enfermedad), y 8) un resguardo y seguro contra las deudas contraídas. Azpilcueta reconoce que Aristóteles creía que era malo intercambiar con dinero, y que Santo Tomás desdeñó el lucro. Sin embargo, Santo Tomás también opinó que era lícito cosechar una ganancia mediante el trabajo propio para sostener el hogar familiar. Así, Azpilcueta concluye que “no es cierto que usar el dinero para cosechar una ganancia, intercambiándolo, vaya contra su mera naturaleza porque, aun y cuando el uso es distinto al primer y principal uso para el cual fue creado el dinero, sigue siendo apto

para este uso menos principal y secundario” (de Azpilcueta, M., de Molina, L., & de Mariana, J., 2007, pp. 34-35, traducción mía). Explica graciosamente que los zapatos se fabrican para usarlos en los pies (uso primario) pero que también pueden ser vendidos para conseguir una ganancia (uso secundario).

Se evolucionó del dinero en forma de ganado o conchas hacia los metales preciosos porque estos guardan valor. Primero se usaba el metal precioso por peso, y luego se acuñaron monedas, siendo las primeras acuñadas en Lydia, en Asia Menor, 700 años antes de nuestra era (Cole, 2001, p. 14). En su tratado sobre el dinero, Luis de Molina, S. J., escribe extensamente sobre las distintas monedas de oro y plata acuñadas en España y Portugal, y compara sus valores. Juan de Mariana, S.J. (1536-1624), quien publicó su afamado *Tratado sobre la alteración de la moneda* en 1609, lo explica claramente: “Los pesos, las medidas y el dinero son, por supuesto, las bases del comercio sobre el cual descansa la estructura completa del intercambio. La mayoría de cosas se venden por peso o medida, *pero todo es vendido por dinero*. Todos quieren que los cimientos de los edificios permanezcan firmes y seguros, y lo mismo es verdad respecto de los pesos, las medidas y el dinero. *No se pueden cambiar sin poner en peligro o dañar el comercio*” (de Azpilcueta, M., de Molina, L., & de Mariana, J., 2007, p. 265).

La anemia del dinero

La anemia del dinero es una idea atribuida a Wilhelm Röpke, politólogo alemán y católico, reconocido como uno de los arquitectos del “milagro económico alemán”, implantado luego de finalizada la II Guerra Mundial. Se refiere a “la transición hacia formas de dinero cada vez menos tangibles y cada vez más abstractas” (citado en Cole, 2001, p. 14). Así, del metal pasamos al papel o billete, originalmente respaldado por el oro u otro metal precioso, pero luego sin respaldo. Al principio, el billete era un recibo sobre el dinero depositado en un banco. Dado que los usuarios empezaron a endosarlos, se emitieron billetes al portador. Luego, dejó de circular el metal y el dinero en papel se convirtió en la moneda *de facto*, siempre respaldada por el dinero metálico. Los billetes tenían la gran ventaja de ser portátiles.

El negocio bancario surge como un corolario del advenimiento del dinero. Ya en el año 2000 a. C., existieron bancos que pres-

taban granos a agricultores, mientras que en la antigua Grecia y Roma, surgieron prestamistas que aceptaban depósitos y que cambiaban monedas. En el Renacimiento, el Medici era el banco más respetado y próspero. Al cambiar las rutas comerciales, el Norte de Europa se posicionó como polo financiero y mercantil, y el banco de Ámsterdam, entre otros, lideraron la evolución de la banca comercial (Cole, 2001, p. 27).

En conclusión, el dinero y la banca son medios cuya evolución a lo largo de los años permitió a la humanidad progresar, crear riqueza y paliar la pobreza.

Entra en escena el gobierno

Poco tiempo después de la invención espontánea del dinero, los gobiernos empezaron a acuñar monedas oficiales y a regular su uso. Al principio, las monedas emitidas por los monarcas circulaban conjuntamente con emisiones privadas. Poco a poco, se prohibieron las emisiones privadas de dinero y los gobiernos se arrogaron el monopolio de la producción de la moneda. No es cierto, entonces, que las bancas centrales y los gobiernos fueran el motor y el mercado y la sociedad fueran el chasis, sino todo lo contrario.

No fue sino hasta 1656, varios siglos después de que circularan los primeros dineros metálicos, que se fundó la entidad que doce años más tarde se convertiría en el primer banco central: el Banco de Estocolmo o Riskbank. Migró a Suecia un emprendedor holandés, Johan Palmstruch; el Rey Carlos X Gustavo le autorizó fundar el banco siempre y cuando la corona recibiera una parte de los beneficios de la operación. Palmstruch implementó en Suecia lo que hacían los bancos en Holanda y Alemania: almacenó las losas metálicas en depósito y entregó dinero en papel a los clientes. Cobró una comisión por este servicio. Otorgó préstamos a personas necesitadas de capital para inversión, también por una comisión. Años más tarde, ya muerto el Rey Gustavo, hubo una corrida en el banco producto de la decisión de la Corona de acuñar lingotes de cobre que valían menos que los antiguos. A partir de ese suceso, Palmstruch desvinculó el dinero en papel del respaldo metálico: este banco fue el primero que puso en circulación billetes cuyo único respaldo era la garantía del banco mismo. Así nació el dinero fiduciario. En 1668, el parlamento nacionalizó el banco. El año anterior, Palmstruch había sido sentenciado a muerte por provocar una crisis monetaria y una depresión económica; su banco había

quebrado ante la imposibilidad de soportar otra corrida y devolver sus ahorros a los depositantes. Una vez convertido en banco central, el gobierno monopolizó la emisión de billetes (Boudeguer Yerkovic, 2015)⁵.

Otros bancos centrales se fundaron posteriormente: el Banco de Inglaterra (1694), el Banco de Escocia (1695), el Banco de Francia (1800), el Deutsche Bank (1870), y así sucesivamente. Los bancos centrales de América Latina fueron establecidos a principios del siglo XX, mientras que la Reserva Federal (Fed) de Estados Unidos nace en 1913. Se creó la Fed con el propósito expreso de que fuera un prestamista de último recurso y un proveedor de liquidez en casos extremos (Rockwell Jr., 2010). Los bancos centrales suelen ampararse en ley para controlar la moneda que forzosamente ha de emplearse en su territorio o jurisdicción política. Con estas instituciones nace la política monetaria que a su vez regula la operación de bancos privados.

En 1942, del papa Pío XII estableció el Instituto para las Obras de la Religión (IOR), también conocido como el Banco Vaticano, y lo dotó de funciones bancarias claras. Este absorbió la administración que se encargaba de manejar los fondos para las obras religiosas, que había sido establecida por el papa León XIII en 1887. Se diferencia de otros bancos en que no presta dinero, no invierte directamente y no tiene por fin lucrar. Atiende a 15,500 clientes y resguarda una suma total de 5.9 mil millones de euros, según datos del 2013 (Vatican Radio, 6 de marzo de 2015).

La política monetaria

La intervención gubernamental en los mercados monetarios y bancarios se da a través del manejo del dinero por parte de los bancos centrales, así como a través de regulaciones impuestas al sector privado. En los escritos de los escolásticos, aprendemos que la alteración de la calidad y el valor de las monedas era ya una realidad en la Antigüedad y la Edad Media. Juan de Mariana afirma que el denario romano se acuñaba inicialmente de pura plata, pero que luego se fundía con cobre, reduciendo su valor (de Azpilcueta, M., de Molina, L., y de Mariana, J., 2007, p. 267). La alteración de la moneda generaba incertidumbre y así podía dañar a la ciudadanía, aunque en algunos casos redundara en beneficios de corto plazo para el gobernante. De Mariana explica que tales prácticas deben evitarse por los costos que producen también al

monarca en el largo plazo. Cuando un gobernante gasta más de lo que posee e incurre en una gran deuda, ya sea por una guerra o por satisfacer caprichos, buscará recaudar más impuestos o emitir más moneda. “Un rey de sobresaliente prudencia mantuvo cuentas de sus ingresos y sus egresos y no quería ser presionado más. Y esto es gran sabiduría”, subraya De Mariana (de Azpilcueta, M., de Molina, L., y de Mariana, J., 2007, p. 303).

En *Desastres en la política monetaria del Siglo XX*,⁶ Kirby R. Cundiff anota que la Reserva Federal de Estados Unidos (Fed) empezó a imprimir moneda poco después de ser creada. En parte, fue inducida a ello por presiones del gobierno de Gran Bretaña, el cual había impreso una gran cantidad de dinero durante la I Guerra Mundial, provocando que el oro fuera trasladado en cantidades significativas de Inglaterra a Estados Unidos. “En lugar de controlar su expansión monetaria, las autoridades británicas empujaron al gobierno de Estados Unidos a expandir su propia oferta de dinero. La Fed felizmente accedió y se embarcó en una significativa inflación⁷ monetaria durante la mayor parte de una década” (Cundiff, 2007). Cambiaron de rumbo luego de que, en 1928, se hizo evidente que su política expansionista había sido excesiva. Se propició un período de bonanza, pero luego sobrevino la Gran Depresión de 1929. La gravedad de la crisis fue incrementada por políticas monetarias erráticas, incoherentes e incompetentes, afirma el autor.

Dos hitos importantes, por su trascendencia internacional, suceden en 1944 y 1971. La conferencia internacional de Bretton Woods de 1944, a la cual comparecieron representantes de 44 países, creó el Fondo Monetario Internacional (FMI) y elaboró un acuerdo para fijar las monedas mundiales al dólar estadounidense, y fijar el dólar al oro. La meta era generar prosperidad y estabilidad macroeconómica, pero no fue así. El valor de una onza de oro supuestamente valdría USD 35 para siempre, pero el gobierno de Estados Unidos terminó imprimiendo demasiada moneda otra vez. Como las veces anteriores, las autoridades estadounidenses enfrentaron una situación de insuficiente oro para respaldar la moneda, sobre todo luego de que en los años sesenta varios bancos centrales de Europa quisieron cambiar sus dólares por el metal. Finalmente, el patrón oro fue abandonado por el gobierno de Estados Unidos, en 1971; Nixon incumplió el acuerdo de Bretton Woods. Desde entonces, el valor de las monedas internacionales fluctúa en relación con las demás monedas. “La verdad escondida era que los problemas monetarios y otros problemas relacionados con la

balanza de pagos son creados por malas políticas: los gobiernos inflan, gastan mucho, incurren en altas deudas, controlan las economías, imponen restricciones al comercio, crean gigantescos estados benefactores, emprenden guerras mundiales, y de otras formas minan los derechos de propiedad”, sentencia el autor de *Economía en una lección*, Henry Hazlitt (Rockwell Jr., 2010).

Este trabajo no puede hacer un análisis exhaustivo de la historia de la banca, ni de las diversas formas en que las autoridades manipulan el dinero. Basta lo dicho para comprender el impacto que tienen las políticas gubernamentales en los ahorros del ciudadano de a pie. En escenarios inflacionarios, cada dólar puede adquirir menos bienes y servicios, y en casos extremos el papel dinero puede valer tan poco que las personas reviertan al trueque de cigarrillos o utilicen el papel moneda como papel sanitario, tal como ocurre hoy en la Venezuela empobrecida por el socialismo del siglo XXI. Es equiparable a un robo, un robo legal: las autoridades roban a los ciudadanos su capacidad para planificar sus economías hogareñas y para surtirse de bienes y servicios necesarios.

Inequidad y exclusión

El papa Francisco sugiere que el dinero provoca un abismo entre dos clases sociales: los que poseen riquezas y los que son pobres o son excluidos del quehacer económico. El dinero no es el culpable de la desigualdad; la desigualdad resulta de las fuerzas del mercado. Los mercados libres asignan el dinero hacia sus usos más productivos; es decir, las personas que crean valor para la sociedad tienden a ganar más, o ser reconocidos por sus consumidores, por la utilidad de los servicios que prestan. Los mercados intervenidos, en cambio, asignan los recursos hacia las personas que sobresalen en el trueque político, ya sea por su cercanía con quienes ostentan el poder arbitrario en un momento dado, o por sus estratégicas actividades de búsqueda de rentas. Claramente, es preferible la imparcialidad y justicia del mercado no intervenido al favoritismo y la corrupción implícitos en el mercado intervenido o mercantilista. Ambos escenarios producen desigualdades, pero en el primer caso, estas se vinculan al mérito. Además, el mercado es dinámico: los ricos de hoy fueron pobres dos o tres generaciones atrás, y pueden volver a perder su patrimonio, mientras que una persona esforzada puede hacerse de prestigio y posesiones en función de su trabajo arduo.



Es cierto que una persona de escasos recursos enfrenta obstáculos para superarse. Usualmente, por su condición, tiene una preparación académica y un bagaje cultural inferior al de sus pares nacidos en familias de clase media o alta. Sin embargo, salvo en países socialistas, comunistas o totalitarios, los pobres no enfrentan una prohibición expresa a educarse, trabajar, adquirir propiedad, o a ser dueños de dinero u otros bienes. La exclusión no es formal. La solución definitiva a su situación, por tanto, no es una puntual redistribución del ingreso, sino la ampliación de oportunidades para salir adelante mediante su trabajo digno. Dicho en otras palabras: las reformas políticas deben orientarse, no hacia la nivelación artificial del ingreso, expoliando a unos para repartir a otros, sino hacia la reducción de las barreras de entrada y los elevados costos de transacción que hoy les impiden incursionar con éxito en los mercados competitivos.

El socialismo y el comunismo son sistemas económicos que prometen eliminar las desigualdades y el dinero. Carlos Marx incluso soñó con un futuro sin propiedad, sin intercambio y por ende, sin dinero. Sin embargo, en su análisis tanto del capitalismo como del socialismo, Marx hace alusión al dinero, incluso cuando se refiere a sustituir el salario monetario con unas fichas vinculadas a las horas laboradas⁸. En la práctica, los países detrás de la Cortina de Hierro tuvieron siempre una moneda estatal (rublo, zloty, forinto, yuan, etc.), y las desigualdades en los regímenes comunistas persistieron, pues las personas allegadas al politburó vivían en condiciones menos duras que el resto de sus compatriotas, por privilegio y protección política⁹.

Conclusión

Las advertencias respecto a los peligros asociados con el dinero por los antecesores del papa Francisco se centran en el plano espiritual. Es imposible amar a Dios sobre todas las cosas si nos aferramos a cosas materiales.

La Iglesia católica no recomienda, en sus enseñanzas sociales, la autarquía, el trueque, o el socialismo. Los escolásticos católicos, de hecho, contribuyeron valiosas y acertadas teorías sobre el origen del dinero y su función social, que sirven de base a economistas en la era moderna.

En el punto 17 de la carta encíclica *Rerum Novarum* (1891), el papa León XIII observa que: “Sobre el uso de las riquezas hay una doctrina excelente y de gran importancia, que, si bien fue iniciada

por la filosofía, la Iglesia la ha enseñado también perfeccionada por completo y ha hecho que no se quede en puro conocimiento, sino que informe de hecho las costumbres. *El fundamento de dicha doctrina consiste en distinguir entre la recta posesión del dinero y el recto uso del mismo*. Poseer bienes en privado, según hemos dicho poco antes, es *derecho natural del hombre*, y usar de este derecho, sobre todo en la sociedad de la vida, no sólo es lícito, sino incluso necesario en absoluto. «Es lícito que el hombre posea cosas propias. Y es necesario también para la vida humana». Esa posesión ha de ejercitarse con generosidad” (León XIII).

Quadragesimo Anno, publicada por su santidad Pío XI con ocasión del cuarenta aniversario de *Rerum Novarum*, advierte sobre los excesos que se pueden producir tanto en los sistemas capitalistas como los socialistas. Interessantemente, el punto 109 señala que si el Estado se confunde y mezcla con cuestiones que competen a la economía, cae en desprestigio y pierde de vista el bien común (Pío XI). Parece una lección similar a la que se desprende del análisis sobre la intervención del gobierno en el manejo del dinero.

No cabe duda de que ciertas medidas políticas alteran el valor del dinero, incentivan malas prácticas bancarias y financieras, crean barreras de entrada a los mercados libres, e introducen otros problemas similares a la economía. La realidad podría ser otra si no existieran bancos centrales, si estos no ejercieran un control monopólico sobre la emisión monetaria, si se revirtiera al patrón oro o si, cuando menos, pudieran coexistir, y competir entre sí, monedas privadas y públicas. El advenimiento de las criptomonedas, como Bitcoin, pintan un futuro más diverso donde las monedas digitales, fuera del control de los gobiernos, coexisten con monedas tradicionales. ¿O quizás las desplacen? Esperamos algún día evolucionar los mercados en dirección de ampliar los linderos de la libertad y la responsabilidad personal. A pesar de las falencias de los sistemas económicos actuales, podemos concluir que, más que un látigo que gobierno a la humanidad, el dinero es un simple instrumento que ha contribuido al bienestar de las personas.

Notas

- 1 La búsqueda se realizó en inglés un sitio de internet que contiene 150 versiones de la Biblia, utilizando la palabra “money”. Apareció 113 veces. Ver la página aquí: <https://www.biblegateway.com>

- 2 Este sermón ha sido utilizado por otros autores católicos, como por ejemplo San Francisco de Asís.
- 3 Existen algunas tribus o comunidades aisladas de la civilización que aún utilizan el trueque en vez de la moneda, según el sitio de internet Virgin: <https://www.virgin.com/entrepreneur/the-societies-that-survive-without-money>. Allí se mencionan cinco tribus: la comunidad Tiwa organiza el Jonbeel Mela, en India, una feria de trueque que dura tres días; la Nyimang, en Sudán; la Yanomami y la Awá, ambas de las Amazonas; y el anillo de Kula, de Papua-Nueva Guinea. Sin embargo, del mismo artículo se desprende que los Nyimang usan el ganado como moneda, y en el caso del anillo de Kula, regularmente intercambian objetos, como gargantillas de concha, que no tienen un valor en uso, pero que confieren prestigio o estatus al dueño.
- 4 Explican Zanotti y Silar (2016, p. 189), que “el dinero, en una economía monetaria, cumple tres funciones: es un medio de intercambio generalizado, es un depósito de valor o atesoramiento y sirve como unidad de cuenta (permite expresar el capital)”.
- 5 Julio Cole agrega que entre 1830 y 1897, otros bancos obtuvieron permiso para emitir billetes.
- 6 Cundiff es profesor de finanzas en la Universidad Estatal Northeastern basada en Tulsa, Oklahoma, y también de la Universidad de Maryland.
- 7 La inflación, entendida como un aumento en la oferta de dinero, ocurre cuando se devalúa el valor metálico de una moneda o cuando se imprime más papel dinero, con lo cual el poder adquisitivo de las personas se ve mermado porque los precios tienden a ajustarse para arriba en atención al excedente circulante. Ver por ejemplo Hazlitt (2008).
- 8 Ver por ejemplo la entrada del 12 de mayo del blog Necessary Agitation (2017)
- 9 En la República Popular de China, la desigualdad económica es mayor que en la mayoría de países del mundo, según un estudio realizado por el Financial Times, <https://www.ft.com/content/3c-521faa-baa6-11e5-a7cc-280dfe875e28>

Referencias

Boudeguer Yerkovic, R. M. (2015). *El primer banco central de la historia y su máquina de imprimir dinero*. Recuperado de www.bancamarch.es

- Camino, E. (2002). *Dios y los ricos*. Madrid: Rialp.
- Catecismo. Recuperado de http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/index_sp.html
- Cole, J. (2001). *Dinero y banca* (5ª ed.). Guatemala: Universidad Francisco Marroquín.
- Cundiff, K. R. C. (2007). *Desastres en la política monetaria del Siglo XX*: Foundation for Economic Education.
- de Azpilcueta, M., de Molina, L., & de Mariana, J. (2007). *Sourcebook in Late-scholastic Monetary Theory: The Contributions of Martín de Azpilcueta, Luis de Molina, SJ, and Juan de Mariana, SJ. Studies in Ethics and Economics*. Lanham (Maryland): Lexington Books.
- Escrivá, s. J. *Desprendimiento y naturalidad*. Recuperado de <http://www.es.josemariaescriba.info/articulo/desprendimiento-y-naturalidad>
- Francisco. (20 de septiembre de 2013). *Papa Francisco en homilía en Santa Marta: «El dinero nos aleja de Dios, quita la fe»*. Recuperado de <http://www.caminocatolico.org/home/papa-francisco/10345-papa-francisco-en-homilia-en-santa-marta-el-dinero-nos-aleja-de-dios-quita-la-fe>
- Francisco. (5 de noviembre de 2016). *Discurso del santo padre Francisco a los participantes en el Encuentro Mundial de Movimientos Populares*. Recuperado de http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/november/documents/papa-francesco_20161105_movimenti-popolari.html
- Francisco. (7 de noviembre de 2016). *Discurso del santo padre Francisco a los participantes en una conferencia de la Unión Internacional de Empresarios Católicos (UNIAPAC)*. Recuperado de http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/november/documents/papa-francesco_20161117_conferenza-uniapac.html
- Hazlitt, H. (2008). *What you should know about inflation*. Recuperado de <https://mises.org/library/what-you-should-know-about-inflation>.
- Krause, M. (2003). *La economía explicada a mis hijos*. Buenos Aires: Aguilar.
- León XIII. *Rerum Novarum*.
- Necessary Agitation. (2017). *Marx, Money, Utopia: What should communism do with money?* Recuperado de <https://necessaryagitation.wordpress.com/2012/05/17/marx-money-utopia-what-should-communism-do-with-money/>
- Parashar, U. (2017). *Assam's Jonbeel Mela: where cashless transactions have been in vogue for 500 years*. Recuperado de <http://www.hin->

dustantimes.com/india-news/assam-s-jonbeel-mela-where-cashless-transactions-have-been-in-vogue-for-500-years/story-TAhAcmWuG-DUJtu0lrPYlvO.html

Pío XI. *Quadragesimo Anno*.

Rockwell Jr., L. H. (2010). *Henry Hazlitt's Battle with Bretton Woods*. Recuperado de <https://mises.org/library/hazlitts-battle-bretton-woods>

San Basilio. *Sermon to the Rich*. Recuperado de <https://bekkos.wordpress.com/st-basils-sermon-to-the-rich/>

Szabo, Nick (2002). *Shelling Out: The Origins of Money*. Recuperado de <http://nakamotoinstitute.org/shelling-out/>

Vatican Radio (6 de marzo de 2015). New Vice Director appointed to IOR (Vatican Bank): News.va. Recuperado de <http://www.news.va/en/news/new-vice-director-appointed-to-ior-vatican-bank>

Woods, T. (2005). *How the Catholic Church Built Western Civilization*. Washington, D. C.: Regnery Publishing.

Zanotti, G. y Silar, M. (2016). *Economía para sacerdotes: La racionalidad económica al encuentro de la fe* (2a ed.). Madrid: Unión Editorial y Centro Diego de Covarrubias.

Zemeckis, R. (Director). (2000). *Cast Away*.